

**COMUNICACION DEL A. CORRESPONDIENTE D. RAUL
CELESTINO GOMEZ, DEL ESCRITO ELEVADO POR EL AL
MINISTERIO DE CULTURA SOBRE TRATAMIENTO CULTURAL
DE LA CIUDAD DE TOLEDO**

De algún tiempo a esta parte las ciudades han adquirido, al fin, conciencia de la necesidad de conservar aquellos edificios y entornos urbanos que les imprimen carácter, ennobleciendo además su presente en gracia a esta muestra de respeto por su pasado. Y esto, aún en el caso de que la estética de tales edificios, por corresponder a un pasado no suficientemente lejano, esté en desacuerdo con las ideas estéticas del momento, pues se estima que la personalidad de las ciudades se halla en razón directa con su poder de evocación, sea de tiempos lejanos, sea de tiempos próximos.

Madrid, después de largas décadas de insensato menosprecio de tales valores, riñe hoy auténticas batallas por la conservación de entornos, edificios y aun interiores de valor muchas veces cuestionable, sobre todo si se les compara con lo que la piqueta destruyó en esas épocas a que nos referimos. Y hoy, en Sevilla, la prensa mantiene día a día la tensión conservadora, llegando en su tesonera actitud hasta el respeto por la minucia.

Nuestra ciudad de Toledo, desde principios del XIX ha sufrido sucesivamente, primero, los estragos de la francesada, luego los abandonos de la desamortización y, por último, las consecuencias tremendas de nuestra última guerra civil; y a pesar de que en la posguerra se le ha venido dedicando una atención realmente extraordinaria, es lo cierto que esa atención, por insuficiente, no ha podido llegar hasta ese meollo que toda ciudad posee y que, en Toledo, por su jerarquía, es el secreto de la fascinación que ejerce en todo espíritu selecto que la visita.

Mucho significan en Toledo sus monumentos esenciales; pero estos, por su vital importancia para la historia del arte español, tienen su conservación asegurada, salvo grave pecado de oprobio nacional.

Nos referimos a esos otros monumentos enclavados en entornos urbanos a los que dan carácter y esencia y que, en su conjunto, configuran la traza urbana de Toledo con tal poder de evocación, que hacen de nuestra ciudad la «Corte de Saudade», como la bautizó uno de sus muchos enamorados, el lusitano Antero de Figueredo. Sus reales monasterios de Santa Isabel, San Clemente, Santo Domingo el Real, San Pedro Mártir, Santo Domingo el Antiguo, etc., y los conventos menores desperdigados aquí y allá, son hitos de obligada perennidad que se degradan día a día, tanto en sus ámbitos monacales como en sus iglesias.

La traza urbana de Toledo tiene fuerza de expresión dimanante de su densísima historia, síntesis de largos períodos seculares de la historia mayor de España. Y esa fuerza de expresión se mantiene en Toledo, hasta nuestros días, por verdadero milagro, con vigor taumatúrgico que, como decíamos, impregna cualquier espíritu sensible, sea cual fuere su raza o condición. Por ello, por lo que es en sí como ciudad y por la carga de historia nacional que los siglos le han ido dejando, estimamos que España debe considerar a Toledo igual que las ciudades consideran a sus entornos urbanos característicos, y acudir con su ayuda a mantener incólume su expresión, ya que es la expresión de los mejores siglos de nuestra historia nacional.

¿Pretendemos con lo expuesto solicitar un mero auxiliar económico estatal, suplemento del que hoy se concede a Toledo? Bueno sería, pero insuficiente para los fines que nos proponemos y que, como decíamos, son la revitalización de esas tan caracterizadoras estructuras urbanas.

Toledo es mucho para España, pero lo es también para el mundo. En los siglos centrales del medioevo llevó a cabo una misión augusta que posiblemente se pudo centrar en ella en gracia al grado de autonomía con que se condujo ante el arabismo, sin duda por considerarse siempre trasunto de su condición de ciudad capital del inmediato pasado visigótico. Nos referimos a la simpar Escuela de Traductores donde se dio cobijo a una élite humana de las tres razas y, por tanto, de las tres

culturas. Con su labor se hizo asequible, a un Occidente lleno de oscuridades, valores que de otra manera hubiera tardado en conocer y algunos no hubieran conocido nunca. Y eso fue posible porque en Toledo, durante esos siglos, convivieron tres razas, rezaron tres religiones y se intercambiaron tres culturas. Y todo ello constituye causa, posiblemente la más importante, de esa carga espiritual que puebla sus ambientes por que la transmitan sus muros. Y al ser esa trilogía la que da plenitud de sentido a su esencia, estimamos que a ninguna ciudad como Toledo le corresponde el título de Capital Occidental de las Tres Culturas: de la cristiana, de la árabe y de la judaica.

Entre sus muros ese título encontraría su más auténtica expresión, pues las tres le han marcado con marchamo indeleble y así lo proclaman el arabismo indudable de su trazado vial, el título de Sede Primada de las Españas y los exquisitos templos hebreos que dan lugar a que los sefardíes, al solo nombre de Toledo, evoquen nostalgias, cual si se tratara de una Jerusalén de Occidente.

Y llegamos a nuestras líneas finales. Hoy, en el mundo, la Unesco recoge y fomenta cuanto puede unir a los países, sobre todo a través de ese vehículo esencial que es la cultura. No creemos que se precise ninguna fuerza extorsionante para hacer llegar a sus mandos la justicia de proclamar este carácter un tanto ecuménico de nuestra ciudad, adjudicándole el título de «Capital de las Tres Culturas» que por su historia y jerarquía creemos le corresponde.

Al calor de tal proclamación se instalarían en nuestra ciudad centros de estudio e intercomunicación de esas culturas, que hallarían en sus archivos materiales abundantes de estudio y divulgación. Se podrían ubicar tales centros en ámbitos palaciales o conventuales, hoy vacíos o precariamente habitados, lo que les dotaría de la vida que precisan para una adecuada conservación. Y esa vida sería transmitida al contexto urbano en que se hallan, alcanzando a las casas que previa acomodación (como ya viene sucediendo en las viejas ciudades europeas) serían residencia circunstancial o permanente de gentes deseosas de huir de la macrociudad y de residir en ciudades que hablan al espíritu, cual es, en forma eminente, Toledo. Se inyectaría, pues, a esos ambientes, un calor de vida en cierta concordancia con aquella que latía en su primer destino, salvando de ese modo trazas y estructuras proyectadas por los grandes arquitectos de la época imperial.

Y esta es la sugerencia que respetuosamente nos permitimos hacer llegar a quien rige la cultura de nuestra patria.

Madrid, 1 de noviembre de 1979.

RAÚL CELESTINO Y GÓMEZ
*C. de la Real Academia y de Bellas Artes
y Ciencias Históricas de Toledo*

EXCMO. SR. MINISTRO DE CULTURA.—Madrid.